

4º Prohíbese la construcción de cocinas dentro de las casas de habitación ó de comercio y exíjase que estén separadas y aisladas, además de no permitir que en su construcción entre madera ni otra sustancia combustible. Sobre las chimeneas se debe poner un alambrado que impida la salida de chispas.

5º Organícese un buen cuerpo de bomberos con elementos nacionales y extranjeros, bien retribuídos y mejor equipados, y contrátense los servicios de un instructor americano, inglés, francés ó alemán, por unos dos años.

6º Constrúyase un gran depósito para almacenar agua de mar, con una capacidad de unos 150 á 180 mil galones, por lo menos, y una cañería de distribución de 4 pulgadas.

7º Tráigase bombas de vapor, de gasolina ó eléctricas y suficientes mangueras, escalas, etc., para el equipo del cuartel de bomberos.

8º En caso de incendio, la policía deberá tocar con su silbato una señal especial de alarma.

9º Escójjase esmeradamente á la gente que ha de servir el puesto de policial, sin fijarse en colores políticos ó en mezquinos intereses; instrúyasela bien sobre sus obligaciones en caso de incendio.

Expídase una ley prohibiendo que las compañías de seguros aseguren propiedades urbanas ó mercaderías, sin la intervención del Agente Fiscal, Gobernador ó Juez Civil, quienes de-

berán calcular que, en ningún caso, el aseguro cubra más de la tercera parte del valor de lo que se pretenda asegurar.

10. Vigílese la inmigración, sobre todo la negra, y exíjase que cada inmigrante traiga *papeles en regla*, visados por un cónsul costarricense ó, por lo menos, de una nación amiga. Exíjase á cada negro, sirio, etc., traer una suma que no baje de cien colones.

11. Refórmese el Código Penal en cuanto al castigo para el incendiario voluntario, aplicándole la pena máxima de prisión.

12. Procúrese el nombramiento de municipales, *honrados á toda prueba*, y la acción municipal hágase sentir en la forma de fuertísimos impuestos sobre construcciones que no reunan las condiciones que aquí se dicen.

13. Dése un término prudencial, pero lo más corto posible, para proceder á la destrucción de todo edificio de madera.

14. Por último, contrátense los servicios de un *verdadero detective* extranjero.

Si el Gobierno y la Municipalidad de Limón se proponen, pueden acabar con los incendios allí; si no, muy pronto tendremos que sentir los terribles efectos de la *Ley de Lynch*, ciega é inconciente.

Esto costará dinero; pero más cuesta estar reconstruyendo cada mes una manzana ó dos de casas y unos cuantos capitales.

El precio de su secreto

por EDUARDO M. EVANS

De cómo un descubrimiento científico causó la separación de dos amantes y á consecuencia de un pícaro espía pudieron por fin unirse. A cada capítulo que se lee corresponde una emoción diferente; pero la verdad queda oculta hasta el último momento gracias á la delicadeza de un amigo y á la fe de una esposa.

LA señora de Villarreal se volvió resueltamente hacia el caballero que estaba sentado en la mecedora. Su rostro afable y hermoso demostraba gran ansiedad.

—Supongo, Coronel, que es tiempo perdido pedir su opinión al respecto—le dijo.—¿Qué sabe Ud. de curar criaturas? Me atrevo á pensar que de golpe le recetaría una buena dosis de quinina. Pero al menos dé una muestra de buen sentido conviniendo conmigo. Margarita no puede resistir por más tiempo este calor sofocante. Es necesario que la lleve al campo junto con mis hijitas, mientras pueden regresar á España. Interceda Ud. con Eulalia.

Ante esta súplica, el Coronel Manrique miró alrededor del aposento; la expresión de su rostro se suavizó y su mirada entristeció al encontrarse con la de la mujer sentada frente á él.

—Ha dicho Ud. muy bien; soy un ignorante,—dijo,—pero, en mi opinión, es necesario un cambio. ¿No lo ha dicho así el Doctor? ¿Verdad, que eso se lo ha dicho, Eulalia?

—Sí,—respondió ésta con voz apagada. Y como si quisiera evitar la mirada del Coronel, se inclinó para acariciar la nevada frente de Margarita que estaba arrodillada á sus pies. En la estancia media oscurecida por los transparentes y persianas, madre é hija, tan parecidas la una á la otra, formaban un cuadro de belleza encantadora. El sol tropical del archipiélago filipino,

había respetado la delicada transparencia de su cutis, que, unido al dorado de sus cabelleras y al blanco inmaculado de sus vestidos, parecían á los ojos del Coronel como dos seres venidos de otro mundo más puro y más hermoso. En ambos rostros se notaban huellas de dolor; en el de la niña, el de la salud quebrantada; en el de la madre, el de la angustia incesante y cruel.

—Sí,—repitió Eulalia,—eso es lo que ha dicho el doctor.

—Ya lo ves,—replicó triunfante la señora de Villarreal,—si el doctor lo dice, es menester cumplir sus prescripciones.

La frente del Coronel Manrique se contrajo. El entusiasmo de la Villarreal le molestaba.

—Y no sería posible arreglarlo de otra manera?—preguntó el Coronel.

Eulalia le miró de lleno, pero con cierto aire de arrogancia.

—Sabiendo lo que depende de ello, cree Ud. que yo no haría todo lo humanamente posible en bien de Margarita?—dijo Eulalia.—Pero circunstancias que no puedo vencer por lo pronto, no me lo permiten. Margarita tendrá que quedarse á mi lado.

La señora de Villarreal, que como toda las gentes de buen corazón, se ofenden fácilmente cuando no son aceptados sus ofrecimientos, se preparó para marcharse.

—Muy bien, dijo á Eulalia, todavía tienes veinticuatro horas para pensar y resolver; nosotros partimos

mañana por la tarde. Si te resuelves á que vaya Margarita con nosotros, aun podré llevarla. Eulalia, tú eres muy joven y creo de mi deber advertirte que el asunto es muy serio para tu hija.

Diciendo esto se marchó. Minutos después se oía el ruido del carruaje que se alejaba más á prisa que de costumbre.

El Coronel Manrique permaneció inmóvil, y Eulalia parecía no darse cuenta de su presencia. Tomó á su hija en sus brazos y la acostó en el diván. El cuerpecito extenuado por la fiebre palúdica se hundió entre los cojines de pluma y, como movida por un impulso de ternura maternal, se inclinó á besar la pálida frente de Margarita.

—Como si no fuera yo capaz de dar todo el mundo por tí, hija mía! —balbuceó á media voz.

La niña abrió sus grandes ojos azules y miró al coronel con languidez.

—Coronel Manrique—le dijo.

Manrique notó en Eulalia un movimiento de turbación. Levantándose se dirigió hacia la niña.

—Nena linda, le dijo, ¿me has llamado? ¿Qué quieres?

—Sí, Coronel.—Extendió su manecita y él la recibió en la suya con mucho cariño.—No se vaya todavía, Coronel. Estoy tan cansada...!

Eulalia se dirigió á la ventana y permaneció allí con los labios fuertemente comprimidos y los ojos sombríos.

Manrique esperó hasta que la respiración lenta y reposada de la niña le aseguró que dormía, y colocando sobre el diván la manecita que durante algunos minutos había tenido entre las suyas, se dirigió á la madre.

—Eulalia, le dijo con voz entrecortada, deseo hablar con Vd. un instante.

Ella se volvió violentamente, con la cabeza echada hacia atrás, y él vió otra vez más en aquel rostro alabastro y delicado la expresión que tantas veces había visto, una mezcla de orgullo desafiante, temor, y

un algo más, que nunca había podido definir.

—Si tiene Ud. algo que decirme, tendré mucho placer en escucharle, le respondió.

Haciendo una ligera reverencia continuó con mucha pausa.—Gracias, seré muy breve. Eulalia; conozco muy bien los sentimientos que abriga Ud. hacia mí, aunque no comprendo el por qué. Sin embargo, quiero que entienda que no le hablo como el hombre que ansía ganar su amor. Hoy, más que nunca, sé que eso es un imposible. Vengo, pues, como un simple amigo que quiere con el alma serle útil. ¿Quiere Ud. creerme? Ella volvió el rostro de manera que él sólo podía ver su perfil. No le respondió.—Hace tanto tiempo que nos conocemos, continuó Manrique, y sólo esto debiera hablar en mi favor. Por sólo esto debiera Ud. tener más confianza en mí que en los demás.

Ella le miró.—¿Qué quiere Ud. que yo haga?

—Que tenga confianza en mí, que me diga la verdadera causa por que no puede separar á Margarita de su lado?

—¿Para qué quiere Ud. saberlo?

—Porque quiero ayudarle.

—Eso no es posible; no podría Ud.

—¿Está Ud. segura?

—Absolutamente.

—Entonces ¿no confía Ud. en mí?

—No.

Manrique aspiró el aire con fuerza y alzando los hombros, prosiguió:

—Ud. me obligará á hacerlo. Ud. me obliga á decirle que conozco la verdad de todo. No puede dejar que Margarita vaya al campo á recuperar su salud porque no tiene dinero... y... no sería capaz de pedirlo. Nunca!

Las manos de Eulalia se cerraron hasta enterrarse las uñas en las palmas. El rojo de la furia encendió su rostro. Luego con una ironía sublime le respondió:—Buen uso hace Ud. de los privilegios que le da nuestra amistad!

—Sí, no puedo hacer otra cosa.

—Ningún derecho tiene Ud.

—Poco importa el derecho que pue-

da tener, cuando se trata de salvar la vida de su hija.

Ella ahogó un sollozo y el color desapareció de su rostro tan pronto como lo había encendido. Dirigió una mirada compasiva hacia la forma inmóvil de Margarita como temiéndolo que se hubiera desvanecido, y sus ojos se agrandaron con un nuevo temor.

—Eulalia, permítame Ud que la ayude en lo que pueda, —suplicó Manrique con sinceridad.—Yo tengo más de lo que necesito. Bien puedo soportarlo. Acepte Ud. lo que le ofrezco en calidad de préstamo. Algún día me pagará Ud.

—Imposible, —respondió Eulalia con brusquedad.

—¡Por la vida de Margarita!

—Ni por la vida de diez Margaritas!

Manrique permaneció mudo, cual una estatua. Su esfuerzo supremo para forzar las rejas de acero que cerraban contra él había fracasado. No le quedaba ya más que un sólo medio.

—Se ha negado Ud. á recibir mi ayuda. Muy bien. De esto no hablaremos más; pero permítame hacerle una última observación. Eulalia ¿tiene Ud. algo de qué disponer?; cualquiera cosa, no importa qué. Piense Ud., acuérdesese de algo. No hay un algo que su esposo le haya dejado para su custodia, algo que pudiera ser de valor?

El tono de su voz era muy significativo. Manrique se estremeció ante la mirada que de súbito le dirigió Eulalia. No había duda de lo que esa mirada expresaba —una desconfianza sin límites; un desprecio y un desdén incalificables.

—¿Y si lo tuviera? En este instante se abrieron las cortinas y un sirviente se presentó en el umbral de la puerta.

—El señor Conde von Mayer, anunció, y se cuadró como para esperar órdenes de su señora.

Hubo un silencio momentáneo. Manrique había retrocedido unos pasos; la expresión de su cara era la de un hombre que ya inquieto y aturdi-

do se encuentra de improviso delante de un nuevo é inesperado peligro. Pero su turbación sólo duró un instante.

No comprendo su actitud hacia mí, Eulalia—Manrique hablaba con suma rapidez —pero le imploro por lo que más quiera en el mundo, por lo más sagrado, por el bien de todos nosotros, que me escuche Ud. antes de recibir á ese... esa visita.

Eulalia había recobrado su presencia de ánimo. Se dirigió hacia el sofá y arregló los cojines.

—El señor Conde von Mayer viene á tratar un negocio conmigo, respondió Eulalia. No podría, ni queriendo, acceder á su solicitud.

Herido por el tono brusco de Eulalia, y sabiendo que sólo le quedaba un instante para obrar, se adelantó hacia ella.

—Está Ud. al borde de un precipicio y no quiere tener confianza en mí. ¿Es eso todo lo que mi amistad merece? ¿No tiene Ud. instinto que la guíe hacia aquellos que le servirían con el corazón si los llamara?

—¿Instinto? respondió ella con marcado sarcasmo.

Por un momento creyó que Eulalia vacilaba. Una sombra de duda y ansiedad nubló su pálido rostro.

—¿Hará Ud. el favor de retirarse? le suplicó Eulalia.

Manrique la miró con ojos furiosos y apasionados. Le había dado un golpe directo, le había desdeñado cruelmente, y su orgullo se sublevaba. Se encaminó hacia las cortinas entreabiertas, sin un movimiento de saludo. De camino pasó junto á Margarita, que al verlo se incorporó, y dirigiéndole sus ojos inocentes, le dijo:

—¿Se marcha Ud., Coronel?

—Sí, le respondió entre dientes.

—¿Volverá pronto?

—No. Creo que no.

Y salió precipitado de la estancia olvidándose de acariciar, como de costumbre, á esa tierna niña que tanto amaba. Al llegar á la puerta se detuvo bruscamente.

II

El Conde von Mayer estaba bajo el umbral de la puerta y allí permanecía en aparente vacilación cortés, como dominando toda la estancia con su arrogante figura.

Los dos hombres se miraron fijamente sin la menor señal de reconocerse. Un violento y recién nacido odio se dibujó en ambos semblantes y por un momento hicieron á un lado las formalidades con que la civilización pretende encadenar las pasiones elementales de la humanidad. Von Mayer, con una inclinación de cabeza, se hizo á un lado dejando paso franco al militar, jefe ameritado del ejército español que defendía el pabellón de gualda y oro allá en Filipinas.

Manrique se encaminó al desierto jardín. Llevaba el kepis en la mano y los rayos del sol abrazador caían sobre su descubierta cabeza. Apenas se daba cuenta de ello. Inconcientemente volvió la mirada hacia la casa. Detrás de las paredes de la estancia que acababa de abandonar, los dedos de una mujer inexperta é inocente tejían la red del destino para ella, para él, talvez para toda una nación.

Y él nada podía hacer. Un enemigo invisible, desconocido, lo había derrotado y arrojaba del campo de batalla aun antes de darse cuenta de que la lucha comenzaba. Esta idea fué para Manrique como un latigazo. Prosiguió su camino, torturado por un temor creciente y la convicción de su impotencia para triunfar, ni siquiera para defender su causa.

Entretanto, el Conde von Mayer, perteneciente á la más encopetada nobleza alemana había tomado asiento junto á la ventana. Estaba inclinado hacia adelante, los dedos de sus manos tocándose por las puntas unos con otros. En su semblante se retrataba la satisfacción y el placer.

—Recibí su mensaje, mi querida señora,—le dijo por vía de principio.—Nunca podré describirle la satisfacción que me causó saber que,

después de todo, aceptaría Ud. mi propuesta. Pero, qué quiere Ud?... Ya lo sabía... Raras veces me equivoco.

—¿De veras?...—Eulalia se había sentado frente á su visitante con los brazos descansando sobre su regazo. Levantó entonces una de sus manos para arreglar un rizo de pelo que caía sobre su frente, y el Conde, que no perdía ni uno solo de sus movimientos, notó que temblaba.—En todo caso, continuó Eulalia, estoy dispuesta á venderle aquellos de los papeles que dejó mi esposo y que Ud. desee. Yo, por mi parte, ni conozco su valor, ni cómo llegó Ud. á saber que existieran, pero...

El Conde hizo un movimiento con la mano por vía de interrupción.—Ambos puntos son de fácil explicación, mi querida señora,—y luego, con voz melosa continuó:—Como Ud. sabrá, yo tenía buena amistad con su esposo, el Coronel Roviroa, y él mismo me comunicó su invención. Si hubiera vivido, estoy seguro que él la hubiera puesto en mis manos. Por lo que toca á su valor—encogiéndose de hombros—Ud. sabe bien que solamente me interesa por mi afición á la química, y por lo tanto estoy dispuesto á pagar un precio regular por el secreto; mas si he de decir verdad, en esto me guía, más que otra cosa, un deseo personal y nuestra amistad.

El se sonrió, y ella, como movida por una irritación mal disimulada, se levantó y fué hasta un escritorio; abrió una gaveta y sacó un paquete.

—Creo que estos son los papeles á que Ud. se refiere?

El Conde hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Sus ojos, que hasta este momento habían estado fijos en una casi insolente admiración del semblante encantador de Eulalia, se fijaron en el rollo de papeles, que ella le presentaba para su inspección. Había algo de avaricia, algo de salvaje en sus movimientos, y un instinto súbito hizo retroceder á Eulalia unos pasos con pretexto de desatar la cinta.

—Yo no sé á qué se refiere esta in-

vención de mi esposo,—decía ella—pero él la estimaba en mucho. Yo no pretendo un alto precio. Me conformaré con lo que sea justo.

—Eso es; un precio justo y verdadero. ¿Me permite Ud. ver, señora de Rivorosa?

Con una repugnancia y recelo que ni ella misma podría explicar, le dió los documentos. Con marcada indiferencia, von Mayer hojeó pliego tras pliego; sin embargo, un subido color tñió sus ya enrojecidas mejillas.

—Sí, estos son los documentos que me interesan. Entrañan una buena idea; pero es una idea que aun no está desarrollada, me entiende Vd.? puliéndola un poco podría servirme de algo. Vamos á ver, por la amistad que nos une, le daría yo cinco mil pesetas por la invención.

—No, por la amistad que nos une, no, nunca! replicó la señora de Roviroza. Sin embargo, las palabras «cinco mil pesetas» resonaban en sus oídos. Esa suma significaba la salvación de su hija. Sintió que desfallecía, pero haciendo un esfuerzo se repuso.

—Bueno, pues entonces, como negocio le ofrezco cinco mil pesetas—, agregó el conde con marcada impaciencia.

—Yo ignoro el valor de estos papeles y confío en que usted tratará honradamente conmigo, le respondió ella con sequedad. Si usted juzga que cinco mil pesetas son su justo precio, quedo satisfecha.

—Una pregunta, nada más; ¿nadie ha visto estos papeles además de Ud?

—Solamente mi esposo. Era invención suya. De esto estoy segura.

Von Mayer hizo una señal de asentimiento. Metió los papeles en su espacioso bolsillo y en seguida sacó una gruesa cartera.

—Aquí está el dinero,—cinco mil pesetas; cuéntelo usted. Diciendo esto, puso sobre la mesa un fajo de billetes de banco.

Ella hizo que los contaba; pero en realidad nada veía; una nube obscuró su vista. Dios había oído su plegaria y en su corazón se alzaba un himno de agradecimiento.

Von Mayer se levantó. Su semblante expresaba una rara satisfacción.

—Y ahora que ya hemos concluído nuestro negocio, continuó afablemente, tengo algo más que decirle. Me refiero, por supuesto, mi querida señora de Roviroza, al asunto de que le hablé hace días, es decir, del asunto de relaciones más cordiales y más íntimas entre nosotros.

La señora de Roviroza se puso en pie. La nube que obscurecía su vista se disipó y fijó sus ojos en los del conde.

—Nuestro negocio está concluído, repitió ella, y cualquiera otra relación entre nosotros es imposible. Más de una vez se lo he manifestado.

Von Mayer se encojió de hombros y se rió.

—¿No acepta Ud? Ah, muy bien; cinco mil pesetas no han de durarle mucho. Y entonces, qué?

—Entonces... buscaré en otra parte, le respondió ella con altivez.

—Entonces se volverá Ud. á mí, repuso von Mayer desde la puerta. Ud. se acordará de lo que he dicho. Bien puedo esperar, y cuando acuda á mí haremos un buen trato, Ud. y yo.

Ella permaneció estática hasta que el conde desapareció. Luego se inclinó sobre el lecho donde dormía su hija y la tomó en sus brazos. Como en una visión, vió que el color de vida renaciente se dibujaba en las pálidas mejillas de la niña y que el brillo volvía á sus apagados ojos.

—Hija mía, mi amor, murmuró apasionadamente, ¡quién lo creyera cara mía! Mañana iremos al campo, á la cima de las montañas á respirar un aire más puro; á las montañas donde no sentirás fatiga; donde nos olvidaremos de todos, menos de nosotras mismas. Y luego, á España, sí, á nuestra querida España.

—La niña se sonrió y enlazando sus brazos al cuello de la madre, dijo:—Y el coronel ¿vendrá con nosotras?

Eulalia no le respondió, acostó de nuevo á Margarita y de repente,—talvez era la reacción,—se cubrió el

rostro con las manos y prorrumpió en un torrente de lágrimas.

III

El coronel Manrique no aceptó la silla que se le ofrecía. Permaneció en pie y en su semblante se notaba gran determinación.

—Juré que jamás volvería á entrar en esta casa, dijo. No tengo deseos de importunarla con mi presencia y ofrecimientos de ayuda, sabiendo que ambos son recibidos con repugnancia. Pero el Destino es más fuerte y me obliga á romper mi juramento, sí, el Destino y un peligro mayor. Ya no es hora de que hablemos escuchados tras de caretas, hablemos cara á cara y sin ambages. Eulalia, yo sé que Ud. tiene en su poder ciertos papeles de gran importancia y valor inestimable que, al morir, dejó su esposo.

Ella le interrumpió con un gesto de arrogante desafío.—¡Ud. sabe! Y cómo lo sabe Ud? replicó Eulalia. Por primera vez el coronel bajó la vista, y ella se rió con intensa amargura.

—Y ¿qué importa eso? contestó Manrique. Viendo que Eulalia no respondía, prosiguió: Basta con que yo lo sepa. Tengo razones para creer que Ud. no tiene idea de su verdadero valor. Y por su bien debo intervenir.

—¿Por mi bien? repitió Eulalia. El coronel comprendió la ironía y alzó la cabeza.

—Pues entonces no; por su bien, no. Por el bien de la patria que es la suya y la mía.

Ante el fuego de su mirada y la resolución de sus palabras, Eulalia parecía desfallecer.—¿Qué quiere decirme con eso?, —le preguntó.

—Mucho. Esos papeles contienen los detalles de un descubrimiento que pudiera cambiar todo el sistema de la guerra moderna. La nación que lo posea se hará de un solo golpe la potencia dominante y contra ella nada podrán las demás. Por derecho, ese descubrimiento pertenece á España. Está en sus manos, Eulalia,

está bajo su custodia. Ud. es responsable de él. Eulalia, he venido á prevenirla.

La expresión de angustia pintada en el rostro de Eulalia le cortó el hilo de su discurso. Había palidecido y extendía las manos como buscando apoyo para no caer.

—Eulalia, gritó el coronel, ¿tiene usted esos papeles?

—No.

—¿Donde están, qué ha hecho de ellos?

—¿Yo?... ¡Los he vendido!

—¡Los ha vendido!—Manrique se acercó á ella y tomó una de sus manos entre las suyas. ¡Los ha vendido! Ya sé á quién! A ese espía alemán! ¿Cómo se ha atrevido Ud. á tanto?

Separándose bruscamente del lado del coronel y encarándosele con el valor nacido de la convicción, le respondió:—¿Cómo me he atrevido á tanto?... Eran míos y tengo derecho á ellos. Lo hice por bien de mi hija, por su salud, por su vida. ¿Qué hay que pueda interesarme más que eso?

—Hay algo más, le respondió. ¡La patria!

La voz de Manrique había perdido su dureza. No miraba á la mujer que tenía delante, sus ojos estaban fijos en el vacío, como si tuviera delante una visión esplendorosa.

—Eulalia, dijo el coronel pausadamente, quiero contarle la historia de esa invención. Es bien sencilla, pero creo que Ud. no la conoce. Su descubrimiento no fué obra de la casualidad. Un hombre dedicó la mejor parte de su vida á él. Un instinto le decía que el secreto estaba escondido entre la obscuridad, y que sólo con paciencia y mucha perseverancia podría encontrarse. Fué, pues, paciente, dedicado y perseverante, no por él, sino por el bien de su patria. El amaba á su patria. Quería verla y contemplarla grande, triunfante y escudar su grandeza y sus triunfos con una nueva fuerza. Cuando al fin descubrió esa nueva fuerza, esa nueva defensa contra el odio y la malicia, se sintió feliz y agradecido. Dios había premiado sus afanes y desvelos.

Su voz había bajado de tono. Por largos instantes nadie habló. El hombre parecía haber olvidado todo, menos la memoria de aquel cuya sombra había evocado. Y sólo cuando un sollozo ahogado llegó á sus oídos alzó los ojos para ver á Eulalia bañada en lágrimas de pena y de angustia infinita.

—No llore Ud., no ha sido suya la culpa; Ud. nada sabía, no podía saberlo.

—He vendido el secreto de mi esposo,—ese secreto que le costó la vida,—por la miserable suma de cinco mil pesetas: sí, lo he vendido á un... á un enemigo.

Su propia intuición le hizo comprender la congoja que ella no podía expresar. Casi inconscientemente posó su mano en el hombro de Eulalia, con mucho cariño, con mucha compasión, con mucha ternura.

—Fué mía la culpa. No debí dejarla sola. Yo permití que su frialdad y mi propio orgullo me alejaron de su lado. Debí hacer frente á todo sabiendo lo que estaba en peligro. Pero Ud. no quiso tener confianza en mí. Y entonces la amargura de cuatro años reconcentrada en su pecho se desbordó. ¿Por qué no tuvo confianza? Por qué? por qué, Eulalia?

Ella levantó los ojos bañados en llanto para mirarle. A través de las lágrimas pudo Manrique ver aquel rayo de duda que tanto había temido.

—Sí, yo desconfiaba de Ud.; no me atrevo á negarlo, no podría; y desconfío hasta en esta hora.

—Por qué? Quiero saber por qué. Tengo derecho á preguntarlo.

El dolor se dibujó en el semblante lívido de Eulalia.

—Mi esposo estaba próximo á expirar cuando me entregó esos papeles. Ellos y esta pequeña casa fueron mi única herencia. En su lecho de muerte me hizo jurar desconfianza á un hombre. Ese hombre es Ud.

—¿Yo?...

—Me dijo que Ud. sería capaz del último extremo por apoderarse de esos papeles; que en nada repararía para perjudicarme y perjudicar á mi hija: que era su enemigo mortal.

—Y Ud. le creyó?

—Le creí. Tenía que creerle. Mi esposo era un hombre honrado,—respondió Eulalia con orgullo.

El nada replicó. Había vuelto la cara. Ella no veía más que sus hombros.

—Coronel Manrique, estamos hablando cara á cara y sin caretas. La crisis ha llegado. ¿Será Ud. honrado? Yo quebrantaré mi juramento. Creeré lo que Ud. me diga; pero dígame la verdad. ¿Tenía mi esposo motivo alguno para desconfiar de Ud?

Hubo un momento de silencio.

—Sí—respondió Manrique con voz apagada.

Eulalia se había acercado á él; mas al oír su respuesta se retiró como movida por un resorte, cubriéndose el rostro con las manos. Tras un momento de angustioso silencio, se acercó de nuevo al coronel y con voz entrecortada comenzó á hablar.

—Gracias por su respuesta. Pero debemos olvidar todo lo pasado. Todo lo que se relacione con nosotros debe olvidarse. Antes que nada debemos hacer una cosa: recobrar esos papeles.

El se encogió de hombros.—No sabe Ud. con quien tiene que entenderse. Yo sí. Von Mayer sabe que su gobierno dará cientos de miles por lo que él ha comprado en cinco mil. ¿Qué precio puede usted ofrecer que se compare con eso?

Eulalia se acercó más al coronel; temblaba al caminar. Creo que tengo el... precio... Aun á ese precio!...

—¿Usted?

—Me ha dicho que me quiere por esposa,—respondió con voz apagada.

—Me ha dicho que pagaría por mi mano cualquier precio, que haría un buen trato. Tal vez... No pudo continuar la frase.

Por un momento él no comprendía. Pero cuando reflexionó en la significación de sus palabras, su semblante se contrajo y dió rienda suelta á una protesta apasionada.

—No, eso no. Nunca. No podrá ser. Ud. está loca. Ud. no se venderá. Sería un crimen contra Ud. misma, contra mí.—Se calló un instante

y luego prosiguió:—no, contra mí no, porque yo nada soy para Ud., contra su hija...

Ella le miró fijamente.—No se acuerda Ud.; hace un momento me decía que hay una cosa más cara que nosotros mismos, que nuestro amor, que nuestras vidas,—algo que demanda el más grande de los sacrificios,—la patria? ¿Se ha olvidado Ud. tan pronto?

El coronel levantó ambas manos sobre su cabeza como para evitar un golpe tremendo. Dios mío!—dijo por lo bajo,—no me he olvidado!

—¿Entonces no tratará de disuadirme? Me dejará hacer lo que debo. Si lo consigo, entregaré esos papeles al gobierno de Madrid. De todos modos, Ud. y yo tenemos que darnos el último adiós.—Extendió su mano blanca y fría y él la estrechó entre las dos suyas. Se miraron con la desesperación de dos seres que quieren leer en el fondo del alma el secreto oculto que cada uno guarda. Tal vez en ese instante de comunión muda se reveló á ambos un poco de la verdad, escondida hasta entonces

--Mi esposo me aseguró que Ud. era su enemigo.—Ud. no lo niega. Debe ser la verdad. Sin embargo yo confío en Ud., y hasta cuento con sus fuerzas para darme valor. No sé por qué lo hago, pero siento un impulso que me obliga á buscar su apoyo y no puedo remediarlo.

—Gracias. Muchas gracias.

Manrique cogió su kepis y se dirigió hasta la puerta como un hombre queriendo dominar la obscuridad. En el umbral se volvió un instante y babuceó:—Ud. es una mujer de temple.

Después de esta entrevista pareció que un velo caía ante los ojos de Manrique. No se daba cuenta de nada. Sólo sentía que una eternidad lo separaba de aquel tiempo cuando encaminaba sus pasos á la casa de Eulalia con el corazón desgarrado entre el temor y la insaciable esperanza humana. Lo peor de todo había pasado. La mujer inocente y pura que él amaba con delirio, la

que había amado durante la mitad de su vida, era la víctima de una inquebrantable cadena de circunstancias, crímenes y errores. Lo torturaba la idea de que ella sería la víctima inmolada en el sacrificio.

Y así caminó alejándose de la casa con la mente engolfada en las sombras de visiones siniestras para el porvenir; pero una vez más, la energía natural y el valor indómito del hombre, lo impulsaron á plantarse otra vez en el paso del Destino y á hacer un último esfuerzo por torcer su mano destructora.

IV

Se dirigió en busca de von Mayer. Manrique no llamó á la puerta. Penetró resueltamente en la casa, y sin tocar, abrió, entró en la habitación, y con la misma violencia, cerró con llave.

El Conde von Mayer estaba sentado cerca de la mesa engolfado en un importante documento dirigido al gobierno alemán, y la entrada repentina é inesperada de Manrique le causó el efecto de una explosión. Se puso lívido. No le agradaba la presencia del coronel, ni la expresión del semblante de éste nada bueno podía augurarle.

Manrique no dió al Conde tiempo para hablar. Se sentó frente á él al mismo tiempo que ponía su revólver sobre la mesa.—Quiero hablar con Ud.,—princió el coronel.

—Ya lo veo,—replicó el Conde con marcado sarcasmo.

—El revólver no es una amenaza,—prosiguió Manrique,—al menos no lo es directamente. No he venido á asesinarlo. Lo he puesto allí solamente como una indicación de que vengo resuelto á todo; hablo en serio y estoy desesperado. ¿Va Ud. á escucharme?

Von Mayer se reclinó en su silla giratoria. En sus nerviosas manos sujetaba varios pliegos de papel.—Escucharé, puesto que no hay otro remedio.

—No lo hay, y en vano sería pedir auxilio. Ahora vamos á ser francos y

abiertos. Jugaremos á cartas vistas.

—No comprendo lo que Ud. pretende de mí.

—Dentro de un momento me comprenderá. Esta tarde ha engañado Ud. á una mujer; la ha robado Ud., ¿me entiende bien? No se exalte mucho. En verdad, Ud. no se ofende por eso, al contrario, se siente orgulloso. Ha pagado Ud. unas miserables cinco mil pesetas por lo que Ud. sabe que el gobierno alemán le pagará á Ud. cientos de miles. Ya ve Ud. que la ha robado. Por esto vengo á tratar con Ud. tan sumariamente. Vengo por esos mismos papeles.

Von Mayer se rió.

—Parece un absurdo, no es verdad? Continuó Manrique, pero al menos concederá Ud. una cosa. Si yo escribiera á ese mismo gobierno y le dijera que su secreto no es tal secreto, porque es conocido del gobierno español, pocas esperanzas le quedarían á Ud. de sacar el partido que pretende.

—Nadie conoce este secreto.

—Hay un hombre.

—Un muerto, sí.

—No, uno vivo.

—¿Quién es él? preguntó el conde.

—Yo, yo mismo.

—Pruebas, quiero pruebas.

—Con mucho gusto. Tome Ud. esos papeles. Ahora escuche.

Von Mayer estaba como paralizado. Lentamente y sin vacilaciones, Manrique comenzó á recitar su contenido; al cabo de cinco minutos von Mayer arrojó los papeles sobre la mesa profiriendo una maldición.

—No ha sido la señora de Rovirosa la engañada ni la robada, he sido yo! Ella me ha robado.

—De ninguna manera. Ella nada sabía.

—Si pretende Ud. que le crea necesidad que me explique cómo ha sabido el secreto.

Manrique se levantó violentamente...—Porque la invención es mía.

—¿Suya?

—Sí, mía.

—¿Ud. es el inventor?

Manrique hizo una señal de asentimiento.

—Y el coronel Rovirosa...? Von

Mayer no concluyó la frase. En los ojos del coronel había leído la verdad...—Sí,... ya comprendo... él se la robó. Rovirosa se la robó... eso es lo que quiere usted decir...—Manrique no contestó.—Y Ud. guardó silencio todo este tiempo?—Hizo otra pausa. La luz comenzaba á hacerse en su razón, y su corazón endurecido y calculador se enternecía ante la revelación del sacrificio.

—Era mi amigo,—respondió el coronel,—y su esposa... pero Ud. nada sabe ni comprende de esto. El punto es el siguiente: la señora de Rovirosa necesita recobrar esos papeles. Sólo pueden tener valor para uno de los dos si el otro guarda silencio. En primer lugar, Ud. no sabe el secreto de memoria. Yo sí. El saber no me lo puede arrebatar nunca. En segundo lugar, no sería muy agradable para Ud. tener que marcharse de Manila; sé lo bastante de sus tratos aquí para hacer que las autoridades tomen cartas en el asunto y... Además estoy dispuesto á comprar. ¿Cuál es el precio de esos papeles?

Von Mayer hizo un cálculo rápido. —Me ha convencido Ud. Cincuenta mil pesetas, es decir, cuarenta y cinco mil más de lo que di por ellos.

Manrique sacó su libro talonario de cheques.—No vengo á regatear, puesto que sabe Ud. lo que hay de por medio; éste ha sido su mejor triunfo.—Tomó la pluma y firmó un cheque por esa cantidad; el total de su haber en el Banco. Parándose, guardó en el bolsillo su revólver y comenzó á recoger los papeles que estaban esparcidos sobre la mesa.

—¿No ha sacado copias?—No, no le he dado tiempo. He venido demasiado pronto para evitarlo. Bien. Y que este asunto se quede entre los dos. Adiós.

V

Cinco minutos más tarde el coronel Manrique caminaba hacia la casa de Eulalia. En sus ojos brillaba la luz de la victoria. Tras una batalla terrible, había conquistado el triunfo con una sola arma: la verdad.

Durante muchos años había guardado esta verdad dentro de su corazón. Esforzándose por respetar la sagrada memoria del amigo muerto, con la esperanza de que algún día Eulalia le confiara lo que en realidad era suyo. Ahora ya había hablado para salvarla. Caminaba con rapidez. Estaba radiante de alegría. Momentos antes se consideraba acomodado. Ahora nada tenía, y en lo adelante la vida sería para él una lucha sin tregua.

Y ella le guardaba desconfianza. El la había salvado del sacrificio aunque ella lo ignoraba; él no se lo diría. En eso cifraba su felicidad y su recompensa. A poco la vio salir de la casa y atravesar el jardín. Sabía adonde se dirigiría. Ella procuró pasar de largo; pero él la detuvo. En la mano llevaba los papeles.

—He venido á verla—le dijo tranquilamente.—Eulalia, ya no será necesario su sacrificio.

Cogió el paquete de papeles casi sin saber lo que hacía. Una sonrisa de satisfacción y de agradecimiento se dibujó en sus pálidos labios. Y luego en sus ojos volvió á brillar aquella luz de duda, de desconfianza, y al fin se iluminaron con la luz del consuelo.

—Ejerzo cierta influencia sobre von Mayer, principié á decir Manrique, lo encontré más bien dispuesto á tratar, que á otra cosa. Aunque Ud. desconfía de mí le ruego que siga mi consejo. Entregue estos papeles cuanto antes al gobierno de España; más tarde Ud. será rica. Por lo que toca á las cinco mil pesetas, son suyas hasta entonces. Una vez se negó Ud. á recibir mi ayuda; hoy no puede negarse más. Ha estado Ud. muy cerca del precipicio.—La saludó cortesmente y se alejó con paso rápido.

No le dió tiempo para hablar, y Eulalia permaneció inmóvil viéndolo alejarse. En las manos tenía comprimido el precioso paquete de papeles.

La crisis había pasado. La hora de la reacción había llegado. El do-

lor, el recuerdo del pasado, el arrepentimiento, en vano surgieron en su pecho. Estaba de pie á la sombra de un árbol corpulento con la vista fija en las ventanas de la casa de Eulalia.

La tarde comenzaba á caer envolviéndolo todo con sus sombras, y sin embargo él la veía con la imaginación, como muchas veces la había visto parada junto á los camellones de flores del jardín; Margarita estaba á su lado. Era su última debilidad, su último adiós á la mujer de sus amores. No sentía pena de estar allí parado repasando el romance de su vida antes de rasgarlo para siempre y arrojarlo al viento. No se avergonzaba, en medio de aquél silencio, de que las líneas de su rostro se contrajeran por el dolor, y que toda la poesía, toda la profunda ternura que guardaba en su pecho, se elevara hasta sus ojos para convertirse en lágrimas.

Así pasó unos instantes soñando, y en su sueño la vio aparecer en el balcón y dirigirse hacia donde él estaba, cual un espíritu blanco purificado por el sufrimiento. Las flores y las plantas parecían hacerse á un lado para darle paso. Un nudo subió á su garganta y pareció ahogarle. ¡Cuánto debió sufrir en aquel instante! Ella le habló y su voz le despertó.

Entonces comprendió que no soñaba, que no era un espíritu, sino una mujer la que estaba delante de él con los brazos extendidos en señal de súplica

—No le había visto, — oyó que le decía, — pero presentí que vendría Ud. El instinto me lo decía; ese mismo instinto que á pesar de todo me hizo confiar.

Manrique no respondió. Hubiera preferido alejarse para siempre; pero no pudo. Había algo en el aire tibio y perfumado de la tarde que lo detenía, mudo pero esperando.

—Lo sé todo, le dijo Eulalia, todo lo que Ud. me ocultaba. Su inmenso sacrificio. El sacrificio de la ambición, de todo. Von Mayer me lo ha contado. Yo no podía estar tranquila

sin verlo. Sabía que existía un secreto que no podía penetrar. Ahora ya lo sé.

—¡Pobre Eulalia! balbuceó Manrique.

—No, no; pobre no. Ud. se afanaba por escudar una memoria falsa. Ud. procuraba conservar un ídolo de barro que había yo levantado en mi corazón. Ya está roto: pero Ud. ha levantado otro mucho mejor en su lugar. Sacó del seno el paquete de papeles y lo puso en sus manos.—Son suyos, siempre lo han sido. Tómelos y perdone todo lo malo que haya pensado de Ud.—El se resistió.—Recíbalos, repitió ella entre sollo-

zos, y junto con ellos todo cuanto pueda yo darle y su corazón desee.

La obscuridad de la tarde crecía. El no veía mas que el rostro pálido transformarse iluminado por la luz de indescriptible felicidad.

—Eulalia, sabe Ud. lo que ese *todo* significa? Lo comprende Ud?

—Joaquín, si supieras cuánta amargura me ha costado negarte ese *todo*.

Y hasta entonces el coronel Manrique supo comprender la inmensidad de su amor. El sacrificio de ambos estaba recompensado. Y enlazando el brazo á su cintura la condujo al interior de la casa.

CARTA DEL DR. MICHAUD

Monsieur le Professeur LEÓN FERNÁNDEZ GUARDIA
San José

Monsieur le Professeur: Je vous enverrai avec le plus grand plaisir, de temps à autre, un article que vous demeurerez libre de refuser quand il ne sera pas intéressant, mais je doute de pouvoir rien préparer pour le numéro de mai. La nécessité de terminer quelques expériences et l'organisation de mes cours á l'école de pharmacie et à Cartago me prennent les quelques heures libres qui me restent chaque jour.

Je vous prie de bien vouloir me comprendre au nombre des abonnés et vous réitère mes vœux pour que le nouveau MAGAZINE aittout le succès que mérite une publication de cette nature.

Recevez, Monsieur le professeur, l'expression de ma considération distingué,

GUSTAVE MICHAUD

San Pedro del Mojón, 17 avril 1910.

CARTA DEL PRESBITERO DR. ARCE

Señor don AMANDO CÉSPEDES
Presente

Muy señor mío y amigo: No sin pena debo manifestarle que, debido á ocupaciones imprevistas, me veo en la necesidad de no poder dar cumplimiento á la promesa que tan sinceramente le hice: de enviarle algunas cuartillas para que fueran publicadas en el primer número del MAGAZIN COSTARRICENSE. Espero que muy pronto podré ayudarle, con mi grano de arena en esa Revista que es una necesidad y—publicada—será un exponente de la civilización costarricense.

Siempre su afectísimo,

MARDOQUEO ARCE

San José, Abril 11 de 1910.

El pueblo y sus necesidades

La creación de escuelas de agricultura y de artes y oficios es lo que necesita nuestro pueblo para engrandecerse y para aumentar la riqueza nacional. El autor, CARLOS MONJE U., expone las razones y argumentos en pro de esta idea, en el siguiente artículo. Es un conocedor de las clases pobres, y — en lenguaje llano expone sus necesidades. —

«Lo que hay que hacer en este mundo, es conjugar el verbo hacer».

«Para mí, el que se haga una cosa, aunque sea mal, tiene gran mérito; y si se hace bien, se llega á lo supremo. — *Lucio del Valle*».

ESCOBA nueva, siempre barre bien. La situación pecuniaria por que á estas horas atraviesa el país, no puede ser peor.

No es la catástrofe de Cartago la culpable de nuestra situación, sino el despilfarro que del Tesoro Nacional se ha hecho; ella se empeora cada vez más á cada cambio de gobernante.

Son ellos solos los culpables; pues en su afán de atrapar el mayor número de elementos para coger la presidencia, se hunden en un abismo de compromisos, que á todo trance deben satisfacer una vez en el poder.

Y así llegan maniatados de pies y manos, no á gobernar, como buenos administradores de la cosa pública, sino á cumplir los compromisos contraídos abajo. Compromisos, esos, que no han de cubrir con dinero de su propio peculio, sino con el de todo el pueblo; con el de las arcas nacionales. Y si éstas no tienen el metálico suficiente para cubrirlos, irremisiblemente hay que apelar al

crédito á crecido interés, empeñando las anémicas entradas con que cuenta la nación. Pero como éstas son pocas y raquílicas, entonces se recurre al aumento de impuestos, pero nunca al rebajo de sueldos, ni á la supresión de empleados inútiles.

Por ese escabroso camino, venimos desde la administración Soto hasta llegar al término de la jornada, ó sea á la bancarrota.

Hoy se encuentra el país en la situación más aflictiva, agobiado por el peso de enormes deudas, el crédito por cerrarse y por consiguiente, el hambre asomando á nuestras puertas. En el lapso de veinticuatro años, hemos venido presenciando el triste cuadro que con mano maestra nos pinta el Doctor Zambrana. Gentes sin pan, en indolencia forzada, con hambre de trabajo para ganar la vida, contemplan con ojos tristes y por ley incontrastable envidiosos, los banquetes del pudiente orgulloso, que nació entre el oro y que sin más esfuerzo que el de cambiar de capricho, despilfarra en su tedio, con lujos insolentes lo que bastaría á calmar la ansiedad de los desheredados numerosos.

Un hombre nuevo acaba de

empuñar las riendas del Estado. En diferentes discursos, lo oímos decir que si el voto popular lo llevara al poder, iba desligado de compromisos; y él que pretendía gobernar el país, no ignoraba que era trance peligroso poderse deshacer de importunos satélites, que sólo pretenden ordeñar la ubre nacional. A su vasta ilustración y talento no se ocultaba que lo que iba á gobernar no era una nación rica de haberes sino el esqueleto de lo que, en mejores épocas, fué digno de llevar el nombre de Costa Rica. Estas circunstancias nos obligan á esperar que el nuevo gobernante, inspirándose en el cariño que á la patria cantó en sus discursos, se aparte del sendero trazado por sus antecesores, y que guíe la nave nacional al puerto seguro de su salvación, haciendo economías.

No tenemos nada que exigir al nuevo gobernante los que no fuimos sus partidarios, pero sí como costarricenses, y hoy que han desaparecido los colores po-

líticos, creemos de nuestro deber unir nuestra débil voz á la de todos aquellos que, inspirados en un mismo sentimiento, piden remedio para el mal que nos aqueja, reduciendo el número de oficinas á las estrictamente necesarias.

Bien sabido es que nosotros no tenemos ni obreros ni agricultores de escuela, concretándose los pobres que no pueden hacer á sus hijos bachilleres, á medio enseñarlos á manejar el cepillo y la pala para ganarse la vida.

Ha llegado, pues, el momento de cerrar el Liceo, que no es sino una máquina de hacer bachilleres sin provecho, y abrir escuelas de Agricultura y de Artes y Oficios, donde los hijos de nosotros los pobres, puedan formarse vigorosos, útiles y necesarios para las árduas tareas de la vida. Con esto se habrá dado un paso gigantesco hacia la prosperidad, legando á nuestros descendientes una patria feliz y dichosa, para un pueblo viril y grandioso.

Lo que dicen nuestros agentes

(Originales en nuestras oficinas)

Muy bien aceptado, pueden enviar hasta 50 ejemplares de la edición próxima.

RAFAEL QUESADA N.
San Ramón, mayo 22.

Recibí los diez ejemplares, mándeme diez más, que ya los tengo colocados.

J. MIGUEL SOTO R.
Grecia, mayo 19.

Recibí ejemplares y los vendí también. Si les quedan más repítanme envío.

CARLOS CALVO F.
Alajuela, mayo 16.

Acompaño un colón anóteme suscripción al MAGAZIN.

ANDRÉS SAN CHUN
Puntarenas, mayo 15.

El MAGAZIN ha tenido muy buena aceptación, pues á la media hora de haberlo recibido los había colocado todos. Ojalá me mandan diez más.

J. APRON. MATA
Turrialba, mayo 22.

Vendidos. Envíenme otras diez revistas.

JOSÉ A. ROJAS
Puriscal, mayo 18.

MAGAZIN COSTARRICENSE

EDITORIALES

El Estado no debe costear la Segunda Enseñanza

LA enseñanza primaria obligatoria es una necesidad indispensable para el progreso de nuestro pueblo. Una enseñanza primaria bien organizada, bien dirigida, sencilla, llana, clara, es lo que necesita nuestro pueblo. Nada de complicaciones, nada de *cientifismo*. Se le ha de enseñar al niño sólo lo que pueda serle útil en la lucha por la vida. Debe formarse, en primer término, su carácter; en segundo, debe desarrollarse su actividad mental y corporal. A todo esto debe agregarse un conocimiento *exacto* de la *verdad*. No una verdad velada ni oscura, sino una verdad *casta*, pero *desnuda*.

Durante largos y largos años se ha venido encomendando el trabajo de organizar escuelas, de formular horarios y de crear planes de estudios á personas que aunque llenas de buena voluntad y de celo, no han hecho otra cosa que *crear* verdaderas imposibilidades, horarios estrafalarios, planes de estudio incompatibles con nuestro desarrollo y con nuestras necesidades.

El resultado se palpa ahora. La enseñanza primaria que tan-

tos dineros cuesta á la nación, no produce ningún resultado *práctico*.

Los niños salen de las escuelas sin ninguna preparación *útil* para la lucha por la existencia.

Se ha dado importancia extrema en las escuelas á asuntos que no son de utilidad práctica y, en cambio, las que pudieran servir al niño de base para ganar más adelante su sustento, apenas si se desfloran.

Parece que hubiera tendencia por hacer literatos de todos los costarricenses, en vez de artesanos, obreros y agricultores.

La consecuencia es que un niño que ingresa á la escuela á la edad de siete años, sale de ella á los catorce, á *aprender* un oficio que le permita vivir.

La escuela primaria debe reformarse totalmente.

Es necesario que á los catorce años el niño ó la niña salgan preparados para la lucha por la vida; con los conocimientos necesarios para ganarse el sustento.

Si la situación de nuestra enseñanza primaria es lamentable, no lo es menos la de la enseñanza secundaria ó superior.

Los Colegios, sostenidos por

el Estado, dan menos resultados aún que las escuelas comunes.

¿Dónde está el mal? No es difícil de adivinarlo.

Los padres de familia encuentran abiertas las puertas de los Colegios para sus hijos mediante un estipendio, el derecho da matrícula, que corresponde, por término medio, á *₡ 3.00 por mes.*

Por esa cantidad, tienen derecho á enviar á sus hijos á un Colegio para que se les enseñe; para que se les dé útiles.

Por otro lado, como el Estado es quien paga, tiene derecho para formular planes de estudio, reglamentos, nombrar el personal y el director de cada establecimiento, y renovarlos discrecionalmente, asignarles sueldos, etc.

El padre de familia, con rarisimas excepciones, no se preocupa por si sus hijos aprenden ó no, se educan ó no.

—¡Como nada me cuesta,— piensa—nada exijo!

El alumno que no siente el acicate paterno, no estudia.

El Profesor que no encuentra apoyo en el padre de familia, siente, cada día más, debilitarse su voluntad.

El Estado, se conforma con que á fin de año se le envíe un informe más ó menos bueno. Y todos pierden.

Natural y lógico es que si el Estado subviene á los gastos que ocasiona la enseñanza primaria; si pone al niño en estado de ganarse la vida; si lo saca del oscurantismo y de la ignorancia, tenga el derecho

después, de exigir algo de ese individuo ó de sus padres.

Si se quiere que ese niño ó esa niña adquiera ilustración mayor; si se pretende elevarlo sobre el nivel de la clase laborante; si quiere decorársele con un título, pues lo natural es que el padre haga los gastos consiguientes; como los haría para dedicarlo á pintor, á mecánico, á electricista.

La misión educativa del Estado concluye con el último año de Escuela Primaria.

La obligación del padre de familia principia ahí.

Se abriga el temor de que el Seminario y el Colegio de Monjas pudieran acaparar la 2ª enseñanza.

Ese es un temor vano, sembrado por alarmistas interesados en el sostenimiento del orden de cosas actual.

La iniciativa particular es muy grande hoy, en Costa Rica, y hay ya, en este momento, un núcleo de *Profesores* dispuestos á acometer la empresa por poco que se les ayude.

Es el momento oportuno para el Gobierno de cortar el mal de raíz, y de dejar á la iniciativa particular el campo para desarrollar sus alas.

Suprima el Estado la asignación para el sostenimiento de la 2ª enseñanza de varones y de niñas, y verá surgir, inmediatamente, nuevos colegios.

Si se abriga el temor de que la Iglesia acapare la segunda enseñanza, hay un medio de evitarlo muy sencillo. El Congreso puede emitir una ley, á iniciativa del Poder Ejecutivo,

ó de cualquier diputado, que disponga que los colegios de segunda enseñanza no puedan ser regentados sino por seglares y que los Profesores también lo sean

Con una ley en esa forma no se causa ningún daño al Seminario ni al Colegio de Sión, pues estos pueden continuar dando la enseñanza primara bajo la vigilancia del Estado.

Los colegios de segunda enseñanza, regentados por particulares, darán mejores frutos que los actuales, por muchas razones.

En primer lugar, habrá competencia entre los diversos planteles no sólo en cuanto á precios, sino, lo que es más importante, en su personal y en la calidad de enseñanza que se dé.

En segundo lugar, ya no existirá el peligro de que la intriga, la política ú otras causas semejantes dieran acceso al profesorado á individuos ineptos ó indignos de ejercer tan delicadas funciones.

En un Colegio fundado por los Profesores que queden cesantes con la supresión de la 2ª enseñanza costeadada por el Estado, la selección de Director, de Profesores é Inspectores, sería muy estricta.

El padre de familia que ten-

dría que *pagar* para educar a su hijo, se empeñaría más por saber cómo se aprovecharía el dinero gastado por él; vigilaría más las ausencias; exigiría mayor trabajo de parte del profesorado y se interesaría por asistir á los exámenes.

El Gobierno podría ayudar á la iniciativa particular con locales, útiles, bibliotecas, gabinetes de física, de química y de ciencias naturales, entregados bajo inventario, con obligación de devolverlos una vez terminado el contrato.

También podría ayudar con una suma de dinero que correspondiese al 20 ó al 25 % de lo que hoy gasta en el sostenimiento de los planteles de segunda enseñanza. Las Municipalidades, por su parte, podrían ayudar también con algo.

Así se podría crear una cantidad de becas bien remuneradas para que los niños pobres tuvieran acceso á los planteles.

El Congreso, representante de la opinión pública, debe dar ese paso y asegurar así la libertad de la enseñanza, economizando unos millares de colones que buena falta hacen para otras cosas.

L. FERNÁNDEZ GUARDIA,
Profesor de 2ª Enseñanza.

CARTA DEL EDUCACIONISTA GAGINI

Directores del MAGAZIN COSTARRICENSE

San José

Muy Sres. míos: Me agrada mucho su revista y creo que con perseverancia y actividad se puede hacer de ella la mejor publicación periódica del país. Su afectísimo,

C. GAGINI

Heredia, Costa Rica, 21 mayo 1910.

LA SALUD ANTE TODO

FIJESE USTED

En todas las marcas y señales de este frasco: si no las tiene no es legítimo, no lo compre. Es el único capaz de devolverle su salud.

V
I
N
O

D
E



T
E
R
P
I
N
A

MARCA REGISTRADA

AGENCIA GENERAL
BOTICA DEL COMERCIO
SAN JOSÉ DE COSTA RICA

De venta en todas las Boticas y droguerías del país

Para toda clase de negocios en
PUERTO LIMON, COSTA RICA

diríjase á

S. E. Piza & Co.

Agencias

Importadores y Exportadores

Compramos

HULE
 y
CACAO

Vendemos

GIROS
 sobre
 Nueva York,
 Colón
 y Jamaica

Aseguramos

por **VIDA**
Accidente
 ó por
Incendio

Vendemos

Cigarros
 y
Cigarrillos
Cubanos
LARRAÑAGA

SELLOS DE CORREO

USADOS

de COSTA RICA

El Servicio Mercantil F & C

paga por cada
 ciento surtido **25 cénts.**

Mándenlos los que tenga y á vuelta
 de correo recibirá nuestro cheque.

SAN JOSÉ, C. R.

Apartado No. 50

Sastrería Moderna



El hombre necesita depender del estilo de sus vestidos para saber si están correctos

Mi Taller de Sastrería está de acuerdo con las últimas creaciones de la moda - - -

Los precios están en relación con mi trabajo y con la superioridad de los materiales

Yo quiero su clientela quiere U. mi trabajo?

RICARDO MUÑOZ M.

SASTRE

SAN JOSE — COSTA RICA

25 varas al norte de la Catedral

Magazin Costarricense

PERIODICO
INDEPENDIENTE
MENSUAL

CON
ILUSTRACIONES
CARICATURAS
- - ANUNCIOS - -

La Revista más seria de Costa Rica

SUSCRIPCIÓN

Por cuatro meses..... ₡ 1.00
Por doce meses..... » 2.50
Número suelto..... » 0.25

164 PÁGINAS

— 3000 —

EJEMPLARES

EDITORES:
EL SERVICIO MERCANTIL F & C
EDIFICIO ROBERT - SAN JOSÉ
COSTA RICA

Los **azúcares** preparados por el antiguo sistema **son peligrosos** para la salud.

Nuestro magnífico

Azúcar de Familia

de la acreditada

MARCA "FEDERICO TINOCO"

Se prepara con toda la *asepsia* y los cuidados necesarios por una maquinaria enteramente moderna. Compárese con los demás productos similares y se verá la *limpieza*, pureza de su *cristalización* y su *sabor*, ageno á toda otra substancia. Resiste á la *humedad* mejor que cualquier otro.

Hasta segundo aviso nuestros precios serán:

Azúcar 1 ^a	₡ 8.00	quintal	neto
» 2 ^a	» 7.00	»	»
» 3 ^a	» 7.00	»	»

LINDO BROS

San José, Costa Rica

LA COMPETENCIA TIENDA DE NOVEDADES

— FRENTE —
AL MERCADO SAN JOSÉ DE COSTA RICA

GRAN SURTIDO DE ROPA HECHA

Ventas al por mayor y al menudeo

PRECIO FIJO

RAMON MADRIGAL L.
PROPIETARIO

FABRICA DE MUEBLES

MOVIDA POR LA ELECTRICIDAD

Fabricación de
MUEBLES
SILLAS
PUERTAS
VENTANAS



Mariano Struck

Calle 10 Norte,
250 varas al Norte
de "El Cometa"

SAN JOSE
C. R.



Constructor y
Reparador de
casas por contrato
ó por día.

EL LABERINTO

GRAN FABRICA

— DE —

JABONES

— Y —

VELAS ESTEARICAS

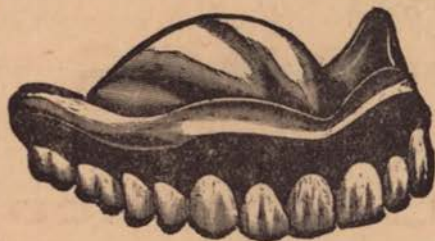
Establecida en Enero de 1910

SAN JOSE, C. R.

Nuestros artículos son siempre
— de primera calidad —

Pruebe nuestro jabón
y no volverá á usar otro

Es muy superior á todos
los que Vd. haya usado hasta
ahora.



LO MEJOR

Dr. OCTAVIO J. SILVA

CIRUJANO-DENTISTA

Calle de la Estación al Atlántico,
frente á la Imprenta Alsina

HORAS DE DESPACHO:

De 8 a. m. á 12 m.

De 1 p. m. á 5 p. m.

Si le pagamos buen sueldo

Quiere trabajar nosotros?

Lugar fecha

Señores Editores del MAGAZIN COSTARRICENSE

Apartado 50 - SAN JOSE, COSTA RICA

Sírvanse tomar nota de los nombres de los cinco suscriptores siguientes y acusarme recibo por cuatro colones que certificados adjunto á la presente.

Firma

————— **NOMBRES** —————

un

Ud.
por



En sus ratos desocupados tome el presente ejemplar del MAGAZIN COSTARRICENSE y muéstrelo á cinco de sus amigos ó conocidos.

Dícales que la suscripción por cuatro meses vale ₡ 1.00

(Déjese un colón y remítanos cuatro colones).

HOTEL LA FLOR ESPAÑOLA

— DE —

FRANCISCO CARRASCO

Avenida 6ª Norte

50 varas al Norte de la Botica de la Fe

SAN JOSE, COSTA RICA

Servicio de mesa esmerado - Pensionistas á precios convencionales
Cuartos aseados - Almuerzos
Comidas - Cenas - Precios reducidos - Café á todas horas - - -

Cuando venga usted á esta capital, visite este establecimiento.

ZAPATERIA DE RAMÓN SOTO H.

(AL LADO DE LA PANADERÍA POCHET)
SAN JOSÉ, C. R.

HORMAS DE TODA CLASE
EL MEJOR MATERIAL
Y LOS PRECIOS MÁS BARATOS

Tintorería ARISI

— San José, C. R. —

La más antigua del país y la que posee el verdadero secreto de dejar satisfechos á los clientes más exigentes.

¿Cuál es ese secreto?

Que el propietario, gran experto en el arte, jamás ha tenido ni tiene y espera no tener empleados; así es que como él mismo se entiende con todo, deja como nuevo el vestido más viejo.

No olvidarse: detrás del Colegio de Señoritas.

Almacén LA ESPERANZA

— DE —

Rogelio Bernini

Heredia, Costa Rica

Hay un surtido variado de Ferretería, loza, materiales de construcción, cal, arena y ladrillos

Granos de todas clases

Gran variedad de abarrotes y en general mercaderías frescas por mayor y menor á precios sin competencia

Para sus cantinas sin rival se han traído los más exquisitos vinos y licores de las mejores marcas

— ACTIVIDAD Y BUEN SERVICIO —

LA MODA

La Sombrerería más surtida del país.
SAN JOSÉ DE COSTA RICA

Recibe constantemente los
últimos estilos de moda en
Europa y Estados Unidos.

Especialidad en Sombreros

— de las marcas —

JOHN B. STETSON & Co.
TRESS & Co. + BORSALINO

¡PRECIOS SIN
COMPETENCIA!

EDUARDO BENGOCHEA
— Propietario —

Rogelio E. Pardo

Establecimiento de Abarrotes al por Mayor y Menor

Artículos de Arte y Fantasía propios para Regalos

— FERRETERIA —

Vinos Exquisitos de las Mejores Clases

¡Completo y Variadísimo surtido en JUGUETES!

ACABA DE RECIBIR GALLETAS DE LAS MEJORES MARCAS

PUERTO LIMON, COSTA RICA

BOTICA AMERICANA

Calle Central Norte, frente á la iglesia del Carmen

— SAN JOSE, C. R. —

AGUA INDIA

GRAN ESPECÍFICO CONTRA LAS
ÚLCERAS SIFILÍTICAS

— Y —

PICADAS DE INSECTOS VENENOSOS

POLVOS DE

“TALCO”

BORATADOS



LANODERMA

PARA EL TOCADOR

EXTRACTO

— DE —

Hígado de Bacalao

GARANTIZADO



ALCOHOL AL 17%

LANOLINA

— CREMA —

PARA EL CUTIS

LA MEJOR POMADA

AMERICAN DRUG STORE



¿Quiere usted
Arte, Nitidez, Perfección
 en sus trabajos fotográficos?
 Pase á la "Fotografía Artística"
 de F. ROBERT
 Calle de la Estación- SAN JOSE, C. R.

**ANUNCIE USTED
 EN ESTA REVISTA**
3000 ejemplares
DE EDICION

Platería y Relojería
 — DE —
VICENTE PALAVICINI
 Calle 2ª Sur (Frente á la Alhambra)
SAN JOSÉ, C. R.

Trabajos garantizados y hechos
 en el menor tiempo posible.
 — Compró alhajas usadas —

**Materiales
 contra temblores**

T. BATALLA
 — Y —
R. BATALLA
 San José, Costa Rica

FABRICANTES

— DE —

**CAL DE
 CONCHA**

De las Minas de Desamparados

ARENA

De las Minas de Río Grande
 Por CARROS ó por CARRETADAS

**PRECIOS ESPECIALES
 EN GRANDES CANTIDADES**

Dirección telegráfica: BATALLA
 Dirección Postal: Apart. 463

HERON

PUERTO LIMON, COSTA RICA

Leading
Portrait Artist
and
Landscape Photographer

First class Studio fully
equipped, near Hotel Londres

Films developed and printed
Frames, Views and Postal cards
the latest of Costa Rica.

Heron Studio

Artista Fotógrafo
Especialidad en
Retratos y Vistas

La mejor galería en Puerto Limón
situada cerca del Hotel Londres

Se desarrollan é imprimen placas;
marcos, vistas y Postales,
de última novedad en Costa Rica.

Fotografía Heron

F. GORDON The Tailor

P. O. Box 191 LIMON, COSTA RICA. P. O. Box 191

ENGLISH and
AMERICAN
TAILORING



Pure English
Tweeds and Serges.

PAN CALIENTE A TODAS HORAS

SOLO EMPLEA HARINAS PURAS

Galletas Pochet

Las mejores para tomar
— con chocolate ó te —
á las dos de la tarde.

Esquina opuesta á la Iglesia del Carmen

San José de Costa Rica

F. & C.



Cobre sus Cuentas Perdidas

El Servicio Mercantil Fernández
y Céspedes, convertirá sus cuentas
incobrables en dinero efectivo.

MÁNDENOS SUS CUENTAS, ENSÁYENOS

Apartado de Correos Número 50
SAN JOSÉ DE COSTA RICA



F. & C.

Magazin Costarricense

La publicación Centroamericana
 de mayor circulación
 dedicada al fomento del Comercio
 y á la Educación del Hogar

La insignificante suma de ₡ 2.50 es el valor de la suscripción anual
 ó si se prefiere ₡ 1.00 por cuatro meses

El MAGAZIN COSTARRICENSE no tiene ningún compromiso político ni con el Gobierno de la República ni con casas comerciales ó industriales, ni con asociaciones ni agencias mercantiles, ni ninguna otra clase de empresa de carácter extraño al objeto de la publicación. Es una publicación del pueblo y para el pueblo, completamente independiente, sostenido por la suscripción y por los anuncios.

Los artículos ilustrados y los de fondo son todos de importancia Política, Científica, Religiosa, Comercial y Agrícola.

Deseamos tener el gusto de contar á usted entre el número de suscriptores nuevos, para que de ese modo obtenga usted los beneficios especiales, únicamente posibles con nuestra publicación mensual, el periódico más serio de Costa Rica.

Sírvase llenar el formulario á continuación y envíenoslo con su correspondiente remesa por correo.

El Magazin Costarricense

Apartado 50 - SAN JOSE, C. R.

ORDEN PARA SUSCRIPCIÓN

Fecha

Sres. Editores del MAGAZIN COSTARRICENSE

Apartado 50

SAN JOSE, COSTA RICA

Sírvanse anotar mi suscripción al MAGAZIN COSTARRICENSE para cuyo efecto acompaño la cantidad de un colón (₡ 1.00), para cuatro meses, á comenzar con el número corriente.

Nombre

Dirección

Casas Portátiles

40 estilos

desde ---

₡ 500.00

hasta ---

₡ 3000.00

á prueba contra temblores!

Usted mismo
puede armarlas

Están hechas en secciones numeradas, y muy convenientes para el transporte. El material empleado es de primera calidad y la arquitectura es indudablemente la mejor y la más científica.

Perfecta satisfacción

Cuestan menos que si se construyeran por arquitectos en la _____ localidad. _____

La pintura por dentro y por fuera del color que se desee. Cualquiera puede armarlas ligeramente, uniendo las secciones y asegurando las mismas con tuercas que vienen al efecto.

Visítenos ó pida catálogos

El Servicio Mercantil F & C

SAN JOSÉ, COSTA RICA

Edificio Robert

Apartado No. 50

LA EQUITATIVA

EMPRESA DE TRANSPORTES

Cuenta con CUATRO espléndidos vagones para acarreo de muebles ó mercancías, con magníficos troncos de mulas. — OCHO carretones, COCHES elegantes, un OMNIBUS para viajes al campo. — MULAS y CABALLOS de tiro de primera clase

EL CUIDO DE BESTIAS POR MES
es una especialidad de la casa

CUIDADO de VOLANTAS y COCHES
en un local espacioso y limpio

PRECIOS MODICOS

MANUEL HERNANDEZ INFANTE

Calle 3.^a Sur, 550 varas al Sur del Colegio de Señoritas

SAN JOSE DE COSTA RICA

164 páginas con cubiertas de lujo,
ilustraciones, caricaturas
y TRES MIL EJEMPLARES DE EDICION

ANUNCIE
USTED

BIEN

El mejor medio y más atractivo lo ofrece el

MAGAZIN
COSTARRICENSE